

MIGUEL HERNÁNDEZ EN LA URSS: VIAJE A LA UTOPIA

FRANCISCO ESCUDERO

Cuando se han cumplido más de ochenta años del viaje que el poeta oriolano Miguel Hernández realizó en 1937 a la antigua URSS, formando parte de la delegación cultural del Gobierno de la República Española que asistió a los actos del V Festival de Teatro Soviético. Ciertamente fue un viaje que causó en nuestro poeta algunos sentimientos contrastados, en donde realidad y utopía se mezclaron con cierta frecuencia, pero la experiencia no le dejó indiferente y marcó su personalidad y su literatura. A lo largo del mes de septiembre de 1937, visitó Moscú, la antigua Leningrado, Kiev y Jarkov. Asistió en las fábricas ucranianas a lo que el poeta denominó «el nacimiento del tractor», visitó los centros de acogida de «los niños de la guerra» y conoció el teatro soviético y la vanguardia artística del realismo socialista del momento.

Miguel Hernández dejó huella en aquellas tierras. En los años 60 y 70, el escritor oriolano despertó gran interés literario y levantó pasiones humanas, lo que revela la importancia que el pueblo ruso otorga a la poesía. Sin embargo, y tras el auge editorial de la obra de Hernández en las librerías rusas durante la transición a la democracia, se hace necesario en la actualidad un nuevo impulso a la traducción de la poesía hernandiana al ruso, y a los estudios sobre la figura del poeta por parte de las universidades rusas y ucranianas.

Hotel Nacional.

Moscú, 3 de septiembre de 1937.

Mi querida Josefina. Anteayer por la tarde he llegado a Moscú, y hasta este momento me había sido imposible escribirte. Tú no sabes lo que nos hacen trabajar a lo largo del día los rusos. Es una gente que no

quiere que nos vayamos de aquí sin llevarnos una impresión profunda de todo y continuamente nos llevan de un lado para otro y nos acosan a preguntas y atenciones
[...]

Miguel Hernández llegó a Moscú el 1 de septiembre de 1937 tras realizar escala previa en Estocolmo. Y entró a la capital rusa con cierta expectación, sintiéndose culturalmente reconocido. Hay que tener en cuenta que, para entonces, el poeta de Orihuela ya había publicado dos poemarios (*Perito en Lunas* y *El rayo que no cesa*, siendo éste último muy elogiado por el maestro de la letras de aquel momento, Juan Ramón Jiménez); había publicado numerosas crónicas periódicas sobre la Guerra Civil y versos en las revistas y periódicos del frente bélico. Además, estaba a punto de publicar su tercer poemario, *Viento del pueblo*, el gran ejemplo de literatura de compromiso social y de combate que le convertiría en el gran poeta-soldado de la guerra española. Al mismo tiempo, llegó a Moscú más como dramaturgo que como poeta, ya que, tras el asesinato de Federico García Lorca, se pensó en Miguel Hernández para dirigir la compañía teatral *La Barraca*, y, por ello, fue enviado a la URSS para conocer los avances y novedades del teatro soviético e incorporarlos al teatro que se hacía en España. De esta manera, Miguel entró en Moscú con espíritu entusiasta, inundado de la literatura heroica que en ese momento escribía en los frentes de batalla en nombre de los trabajadores y campesinos de España en su lucha contra el fascismo. Y entraba además en el único país que brindaba apoyo internacional para la defensa de la República Española, el país que mostraba su humanidad acogiendo a los «niños de la guerra», miles de niños españoles exiliados a la URSS para protegerlos del conflicto bélico, y en definitiva el país que estaba poniendo en marcha un programa de impulso a la producción industrial y agraria que daba protagonismo a las clases proletarias. Esa debía ser, sin duda, la imagen que nuestro poeta tenía en su mente cuando entró en Moscú. Sin embargo, pronto se encontró de frente con situaciones a las que probablemente no estaba acostumbrado, y que tenían que ver con el férreo control que las autoridades soviéticas ejercían sobre todo lo que se movía en suelo ruso, y más si cabe si era una delegación extranjera la que visitaba el país para trasladar al exterior la

imagen del teatro y la cultura de la URSS. El propio poeta traslada en sus cartas a su esposa Josefina esta sensación de control, en ocasiones incómoda y agobiante:

Moscú, 8 de septiembre de 1937.

Mi querida nena. Delante de tu fotografía, después de besarla mucho, mirándote con todos los ojos del cuerpo y del alma, te escribo [...]. No sabes qué vida más aperreada llevo en estos ocho días de trabajo constante con periodistas y otra clase de gente aquí. Aún no me he despertado y ya me está sonando el teléfono de mi habitación, y es que me llama la perobichi, la intérprete que se llama perobichi, para que me levante y me vaya a cualquier parte donde me espera fulanito de tal para hacerme una interviú o menganito para tocarme los cojones. Luego tengo que escribir para periódicos y revistas... Anoche me acostaba a las cuatro, aunque aquí el reloj va adelantado dos horas y solo eran las dos en realidad
[...]

Miguel lleva en Rusia un ritmo de actividad frenética. Asiste a representaciones en el Teatro Bolshoi, concede entrevistas, escribe artículos, y es recibido junto a sus compañeros de la delegación española con titulares como los del diario *Izvestia*, de 2 de septiembre de 1937: «Los huéspedes españoles sobre el festival».

Durante esos primeros días, Miguel visita uno de los centros donde las autoridades soviéticas han acogido a los niños españoles evacuados de los frentes de guerra, encontrándose con algunos de ellos procedentes de su propio pueblo y limítrofes, tal y como revela a su esposa en la misma carta anterior:

Ayer tarde he estado en una escuela de niños españoles evacuados y no puedes imaginarte de qué manera los tratan. Están como solo pueden estar los de mucho dinero y no carecen de nada. Hay de Madrid, de Valencia, de Alicante, de Elche, y me he encontrado con dos que han estado en la guardería de Orihuela y me han dado cartas para Pepe. Si vas a la guardería, díselo a él y dale recuerdos míos
[...]

Entre el 11 y el 14 de septiembre marcha a Leningrado, y desde el Hotel Astoria donde se hospeda, escribe de nuevo a su esposa Jose-

fina. Junto a la añoranza por su recuerdo, Miguel le traslada su interés creciente por el teatro, tanto que incluso se plantea a su vuelta a España olvidarse un poco de la guerra para dedicarse de lleno a la actividad teatral, posiblemente influido por lo que está viendo en Rusia.

Leningrado, 14 de septiembre de 1937.

Mi querida Josefina. Acabo de levantarme para escribirte unas líneas ya que el mucho quehacer que me dan en Rusia no me permite escribirte a todas horas como yo quisiera [...]. Mira, es posible que cuando vuelva a España no me dedique más que a mi trabajo de teatro, y no vaya más o vaya poco por los frentes. Descansaré una temporada contigo, si es posible junto al mar...

Posteriormente marcha a Kiev y a la ciudad de Jarkov, donde queda impresionado por la potencia de los programas industriales soviéticos, y escribe «La fábrica-ciudad», en donde retrata lo que el poeta denomina «El nacimiento del tractor»:

(En una ciudad de la URSS –Jarko– he asistido al nacimiento multiplicado, numeroso, rápido del tractor).

[...] Id conmigo a la fábrica-ciudad: venid, que quiero contemplar con los pueblos las creaciones violentas, la gestación del aire y el parto del acero, el hijo de las manos y de las herramientas [...]

La fábrica-ciudad estalla en su armonía
mecánica de brazos y aceros impulsores.
Y a un grito de sirenas, arroja sobre el día,
en un grandioso parto, raudales de tractores.

El 5 de octubre Miguel emprende viaje de regreso a España haciendo escalas en Copenhague, Londres y París, donde se encuentra con escritores amigos como Octavio Paz, León Felipe, Elena Garro y el argentino Alejo Carpentier. Sus amigos le notan cambiado, con un aire interior más profundo, posiblemente por los contrastes a veces decepcionantes que genera la dualidad realidad/utopía que ha visto fuera de España. Miguel ha visto la grandiosidad de la industria soviética y la humanidad del pueblo ruso, pero también ha visto pobreza

y miseria junto a la caricatura de país que las autoridades soviéticas han querido presentar, unido al férreo control ejercido para trasladar la imagen empaquetada de una realidad artificiosa. En el país de los trabajadores, Miguel vio que el pueblo también pasaba hambre y miseria, igual que en España, y ello pudo quebrar la imagen idílica que tenía de la URSS.

Estudiosos de la experiencia de Hernández en la URSS, como Andrés Santana Arribas, profesor de la Universidad Estatal Lingüística de Moscú, resaltan este contraste:

tenemos la impresión de que lo que vio Hernández en Rusia no concordó con lo que él esperaba encontrar y sintió una gran frustración que puede que le llegara incluso a hacer dudar en serio de las posibilidades reales de victoria para el ejército republicano con el apoyo de la URSS (Andrés Santana Arribas. *Jornadas hernandianas en Moscú*, 6-9 de junio de 2005).

Otros expertos en este aspecto concreto de la biografía de Miguel Hernández, como el profesor Juan Cano Ballesta, de la Universidad de Virginia, también destacan este cierto desencanto del poeta tras su viaje a Rusia, lo que nos puede llevar a pensar que, en el balance de dicho viaje, la realidad quebró la utopía. Sin embargo, expertos de la categoría del profesor José Carlos Rovira, catedrático de la Universidad de Alicante, dudan de que el viaje a la URSS mermara ni siquiera levemente el entusiasmo y compromiso del poeta con la causa comunista.

Ahora, después de tantos años transcurridos desde aquel viaje, es indudable que el poeta oriolano ha ejercido una influencia notable en los gustos literarios de los lectores rusos, sobre todo durante los años 60 y 70. En aquellos años, Miguel Hernández era valorado entre el público soviético más por su dimensión política que por su importancia literaria, faceta que en la actualidad ha decaído hasta convertirse en un autor recluido en los círculos académicos y universitarios, un tanto distanciado de la calle y las librerías más populares. Urge por tanto recuperar en el lector ruso actual el impulso literario de Miguel Hernández en su versión más poética, por cuanto la obra hernandiana es hoy en día contundentemente actual. La denuncia de la miseria y la explotación infantil que vemos en «El niño yuntero» revela a día de hoy tremendas realidades de los niños-trabajadores de Latinoamérica

o el Sudeste asiático; la nostalgia del ser querido que se encuentra lejos de nosotros la vemos expresada con extraordinaria sensibilidad en «Carta» («cuando te voy a escribir se emocionan los tinteros...»), y la canción de cuna más entrañable de la historia de la literatura se llama «Nanas de la cebolla». Además, cualquier declaración de amor adquiere especial romanticismo con versos como «Ser onda oficio, niña, es de tu pelo...», y la frustración por el amor no correspondido se expresa con dolor en «Tengo estos huesos hechos a las penas, y a las cavilaciones estas sienes; pena que vas, cavilación que vienes, como el mar de la playa a las arenas».

Es necesario un impulso editorial a la obra traducida de Miguel Hernández para que los lectores rusos, especialmente los jóvenes, puedan descubrir y saborear sensibilidades poéticas y sentimientos tan profundos como los que el escritor oriolano expresa a través de sus versos. Es, por tanto, un reto para las editoriales, organismos de gestión cultural, instituciones y universidades rusas, así como para el Instituto Cervantes español, afrontar este anhelo literario de recuperación del poeta apasionado, del poeta del pueblo.¹

¹ Este texto apareció en *Paraíso. Revista de poesía* 11, Jaén: 2015, 49-54. <https://goo.gl/bVbpRC>